

y los habitantes salieron con todos los honores de la guerra (1).

En una de las escaramuzas del sitio, atacaron los franceses la iglesia de San Félix, que estaba todavía fuera de las murallas de la ciudad y había sido por ello convenientemente fortificada; y, después de una gloriosa resistencia de los sitiados, pudieron los sitiadores llegar hasta la puerta del templo, á la que pegaron fuego, y penetraron llenos de ira en aquel recinto consagrado por la piedad de muchos siglos, y hollaron sacrilegamente el solar regado con la sangre de innumerables mártires, cuyas preciosas reliquias se guardaban allí. El salvajismo de aquellos *nobles* cruzados, cien veces revelado en las brutalidades que durante aquella campaña habían cometido en los campos del Rosellón y del Ampurdán, se explayó con aquella ocasión de pillaje en el sagrado templo; y la vil soldadesca se echó hambrienta sobre los tesoros de la insigne Colegiata. Robáronse los ornamentos y vasos sagrados; profanáronse los altares, que fueron convertidos en pesebres para las caballerías, y por colmo de vandalismo y profanación, llegáronse aquellos bárbaros al sepulcro de San Narciso, y, echando fuera de él al sagrado cadáver que

(1) Tomamos estos datos y fechas de una inscripción monitoria grabada en una lápida que se conserva en el Museo provincial de Gerona. Véase el Apéndice, n.º 3.

yacía prodigiosamente incorrupto durante nueve siglos, lo arrojaron al suelo y lo arrastraron vilmente hasta fuera del templo, dejándolo abandonado en las inmediaciones del mismo poco menos que sobre un montón de basura.

Hasta aquí la historia, que no ofrece más detalles acerca de este particular; pero la tradición guardada por los geroneses y recogida por el P. Relles en su citada obra, refiere que un carpintero, condoliéndose de tamaña profanación, recogió el santo cuerpo de nuestro Patrono, lo limpió cuidadosamente y construyó una humilde caja ó ataúd en que lo depositó con gran reverencia, escondiéndole en su casa, con el fin de evitar nuevos ultrajes á tan preciada reliquia. A la mañana siguiente notó el buen hombre que por las ventanas de su habitación salía un verdadero enjambre de extrañas moscas de tamaño muy parecido al de los tábanos, salpicadas de manchas rojas, con listas verdes y azules, las cuales, tomando vuelo, se dirigían hácia el llano de Gerona, donde estaba acampado el ejército francés. Examinó la casa, y vió con admiración que aquellos animales iban saliendo continuamente de la caja en que estaba guardado el sagrado cadáver, y dió conocimiento de tal prodigio á muchos que, no menos admirados, aclamaron á San Narciso y bendijeron á Dios que tan vi-

siblemente venía en auxilio de Gerona por intercesión de su santo protector.

Sin que pretendamos dar á los detalles del hecho que acabamos de apuntar más valor que el de simple tradición, podemos no obstante consignar que, en su fondo, la verdad de este prodigioso suceso está comprobada por el testimonio unánime de muchísimos y graves historiadores, que á una voz aseguran y refieren que las milagrosas moscas salidas del sepulcro de nuestro Santo, se echaron sobre los reales del rey *Atrevido* y sembraron en ellos la muerte y exterminio, en términos que, á las picadas del ponzoñoso aguijón de tales insectos, perecieron más de 40.000 combatientes y 24 mil caballos, lo que dió origen á una terrible peste que obligó al invasor á retirar de Cataluña la mayor parte de su ejército, perdiendo el mismo rey Felipe la vida antes de llegar á los territorios de su reino (1).

Pocos hechos pueden, como el prodigio á que nos referimos presentar en su favor tan-

(1) Así parece desprenderse de una inscripción que trae el P. Relles (*Hist. Apol. de S. Narciso*, lib. 2, cap. XV) y dice que existía en la iglesia de Santa Eulalia de Vilanova de la Muga, concebida en estos términos: HIC PHILIPPUS TERTIUS GALLIÆ REX DE MENSE SEPTEMBRIS M. CC. LXXXV, ET CAROLUS DE VALOIS EJUS FILIUS TERRITORIUM ISTUD DEVASTANS CONTRA PETRUM SECUNDUM ARAGONUM REGEM PESTE ORTA EX MUSCIS, QUÆ MIRACULOSÉ A CORPORE SANCTI NARCISSI EPISCOPI GERUNDÆ EXIERANT, É VITA DISCESSIT.

tos y tan valiosos testimonios de autenticidad. Llenaríamos muchas páginas si pretendiéramos siquiera extractar los principales textos de todos los cronistas que refieren este hecho, al que designan á una voz con el nombre de *milagro de las moscas de San Narciso*; y por otra parte, como ya nadie se atreve á negarlo ni siquiera á ponerlo en duda, consideramos innecesario aducir aquí tantas citas que el curioso lector podrá fácilmente hallar en los mismos autores que hemos citado y en otros muchos. Con todo, en obsequio á los que no puedan hojear la historia y como interesante curiosidad, continuaremos cuatro fragmentos de las principales y más fidedignas obras en que se atestigua la verdad de tan raro y prodigioso suceso.

Será el primero un texto tomado de la crónica titulada *Gesta Comitum Barchinensium*, que el erudito Balucio pone á continuación del libro IV de su *Marca Hispanica*, en cuyo capítulo 29.º se leen los párrafos que, traducidos al castellano, dicen así; “La insana rabia de los franceses, tan dañosa para los mortales como para los inmortales aborrecible, fué herida por vehementísimo castigo. Envió el Señor tal multitud de moscas sobre el ejército francés, que aquello podía muy bien reputarse una de las mayores plagas de Faraon, ya que peores y en todo más crueles que Faraon son los franceses. Aque-

llas moscas eran en parte azules y en parte verdes, presentando en su cuerpo algunas manchas rojas. Eran además tan ponzoñosas, que no podían tocar caballo ni mulo alguno sin matarlo al instante; así que, por esta plaga, murieron la mayor parte de los caballos de aquel ejército é innumerables acémilas. Tantos fueron los cadáveres de hombres y mulos, que el aire llegó á corromperse á consecuencia del hedor y putrefacción que allí se desarrollaron“. La referida crónica se atribuye á alguno de los religiosos del monasterio de Ripoll, de cuyo archivo fué sacada, y trae fecha del año 1290, esto es, cinco años después del suceso.

Otro texto curiosísimo está sacado de un famoso libro que acerca de los hechos de armas de Cataluña escribió el insigne Rector de Blanes Dr. D. Bernardo Boades, que en el capítulo XXIV dice así: *E mes ara devets saber, que durant lo gran combat quels Francesos davan á la Ciutat de Gerona, tan varen faer quentraren dins la Sgleya de Monsenyer S. Feliu, hon, com desus vos he recitat, estave lo cors del benayunturat Monsenyer S. Narcís, é talant é destruint los sants Altars, é altres coses sagrades, robaren lo sepulcre daquell, é al seu beneit cors volian rosegat: mes Deu los ne va punir greument, car al punt varen exir dels narils daquell sant cors tant grans exams de*

*Mosques blaves, é blanques, é verdes, é vermelles, é negras, totes pintades, mes groses que un aglant, é tant verinosos quels qui tocaven, persones é cavalls, de prompte, sense remei morian, é no faeian mal á nengú, sino als Francesos, é á la gent de lurs hosts, é lurs cavalls, quen varen matar mes de vint é sinc milia; é de gent ne varen matar mes de cincuenta milia daquesta malaventura de Moscas, quel benayunturat S. Narcís los ne tramet per la lur gran malvestat; é tantost entrells si va metre gran pestilencia quen varen morir infinits. Etots varen romandre confusos, é axí avergonyits sen agueren á anar.“*

El erudito escritor Gaspar Escolano, en su Década 1.<sup>a</sup>, libro 3.<sup>o</sup>, capítulo XVII, citando al comendador Marquet, escribe: “No padecieron menos los del Ejército Francés: “porque de peste, y de las picadas de los “moscones ponzoñosos que salían del sepulcro del Santo Mártir y Obispo San Narciso, “que estaba en la Ciudad murieron infinitos... “Después como quiera que ello fuese, cuenta “el Comendador Marquet, que los Franceses “rompieron el túmulo y desnudaron el santo “de todas sus insignias Pontificales, y desnudo le echaron en un lodazar en la calle, y con “una soga al cuello le arrastraron diciendo “que no era possible, que hombre de Cataluña fuese Santo: un descomulgado Francés

“le dió una cuchillada en un brazo: y permiti-  
“tió Dios, que buelve por la honra de los su-  
“yos, que él y los que comenzaron á arras-  
“trarle cayeron instantemente muertos. Re-  
“cogió el Santo cuerpo un buen hombre de  
“Girona, y metiolo en su casa y luego esotro  
“día fueron vistos dos ó tres agujeros en el  
“sepulcro de la arca de su túmulo, y que por  
“cada uno salían enxambres de távanos, y  
“moscas, que picavan á los franceses, y les  
“matavan sin remedio. La echura de ellos  
“era extraordinaria, porque tenían dos agui-  
“jones, uno delante, y otro detrás con que  
“herían igualmente, y dos piés, y manos á  
“cada lado: murieron de sus picadas más de  
“sesenta mil y entre ellos hasta el mismo Rey  
“que vino á morir de enfermedad en Perpi-  
“ñan: Montaner dice que en un albergue de  
“un cavallero llamado Simon de Vilanova  
“cerca de la vega de Perelada.”

Y como dato de gran valía, citaremos finalmente al Emmo. Cardenal Baronio, que en las adiciones al Martirologio Romano, tratando de San Narciso, nota á 18 de Marzo: *“Illustratur tumulus ejus multis miraculis, quorum illud est celeberrimum sub Petro Rege Aragonum quando capta est Gerunda per Carolum Siciliae, et Philippum Francorum Reges, ex sepulchro S. Narcissi, quod violare attentarunt milites, Muscarum examen egressum, in Exercitum infes-*

*to agmine irruens, ingentem cladem intulit, et in fugam egit, á captisque desistere coegit... Ex his apud eos in proverbium abierunt MUSCÆ S. NARCISSI.*

Como última prueba en apoyo de la verdad de tan sonado prodigio, ponemos fin á este capítulo notando la circunstancia de que, entre los muchísimos historiadores que de él han escrito, se observa el más admirable concierto en el asenso que unánimemente le han prestado, no teniéndose noticia de que lo haya puesto en duda más que uno sólo, con razones de tan poco peso, que en verdad desdicen del mérito y sensatez que por otra parte deben reconocerse en sus obras. Es éste el erudito Baluzio, el mismo precisamente que nos trasmite en sus libros la crónica rivipulense de que hemos tomado el primero de los cuatro textos aducidos; y comete la extraña inconsecuencia de que, después de hacerse cargo de los más preciosos testimonios de la verdad de aquel suceso, califica inconsideradamente al hecho de las moscas de vieja fábula (*vetus fabula*), en el mismo libro IV de su *Marca Hispanica*, más arriba citado, prestando oídos á un “vago rumor” que no se toma la molestia de comprobar, según el cual, las moscas que diezmaron los ejércitos de Felipe el Atrevido, aparecieron por efecto de un fenómeno natural y más ó menos frecuente en las inmediaciones de Gero-

na, donde supone que existen unas rocas ó cuevas, de las cuales salen algunas veces tan extraordinarios insectos. Estamos persuadidos de que ningún gerundense podrá oír esa peregrina noticia sin que asome á sus labios la risa que suele provocar la expresión de una barbaridad supina, como la que soltó el escritor citado. Porque ¿quién ha visto jamás esas cuevas ó rocas ni tiene conocimiento de la existencia de tan raros y discretos moscardones, que en aquella celebre ocasión respetaron á los habitantes de Gerona para cebarse solamente en las sacrílegas huestes de aquella extraña cruzada?

Preciso es, pues, dar crédito al milagroso suceso que acabamos de referir, y reconocer en él un duro pero merecido castigo de Dios, aplicado á los salvajes autores de la horrenda profanación trasmitida y comprobada por el testimonio de tantos y tan verídicos autores.



## CAPITULO XII

### Patrocinio de San Narciso

Después de cuanto queda reseñado acerca de San Narciso, especialmente en los dos últimos capítulos que preceden, nadie puede maravillarse de que los gerundenses le hayan distinguido en todos tiempos con singular y profunda veneración, reconocidos al decidido y eficaz patrocinio que el Santo en todos los siglos ha venido dispensándoles. Algunos autores, y entre ellos el P. Relles (1), han pretendido poner límites á esa viva devoción, suponiéndola nacida de la resonancia que en todas partes tuvo el prodigioso suceso de las moscas, que acabamos de referir, y de la misma verdad y evidencia de tan raro acontecimiento. No negaremos que esa notable circunstancia pudiese contribuir, y realmente contribuyese, al aumento de aquel natural afecto de los hijos de Gerona y aun

(1) *Hist. Apologet.* lib. 2, cap. XVI.